Paul Hazard

LA SOLEDAD DE BAUDELAIRE

gálica franca

De La Mirándola

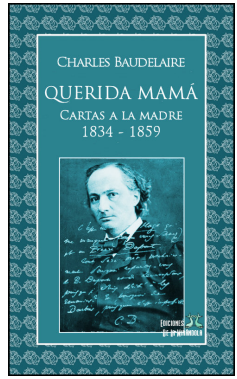
PAUL HAZARD

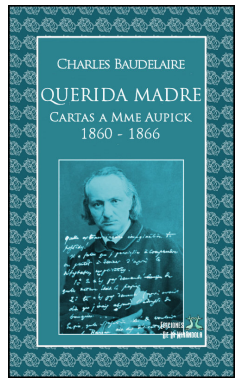
LA SOLEDAD DE BAUDELAIRE

Traducción de
Miguel Ángel Frontán y Carlos Cámara

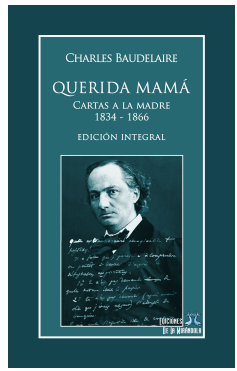
Ediciones
De La Mirándola
gálica franca

Ediciones De La Mirándola ha publicado la edición integral de las cartas de Baudelaire a su madre, disponible tanto en formato digital





como en papel:



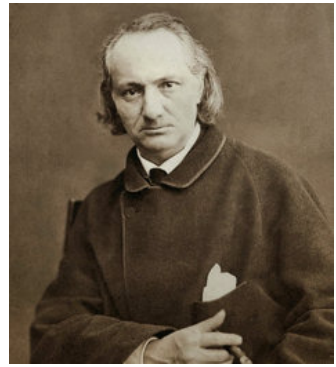
Más información sobre éste y otros títulos de nuestro catálogo, en nuestra

página web.

ÍNDICE

- La soledad de Baudelaire
- Cronología de Charles Baudelaire
- Nuestras publicaciones
- Colofón

LA SOLEDAD DE BAUDELAIRE



Charles Baudelaire

Los poetas en la batalla

"Somos los poetas, decían con su voz grandilocuente; somos los conductores de los pueblos. Nuestros pueblos están dormidos y lograremos despertarlos: recobrarán la conciencia de su fuerza, correrán a tomar las armas y expulsarán a sus tiranos: nuestra es la tarea de guiarlos hacia la nueva cruzada, la cruzada de la libertad".

Así era como, en todos los países de Europa que se preparaban para las grandes resurrecciones, no había más que llamamientos, exhortaciones, reproches, palabras de aliento, sátiras, cantos guerreros. En 1848, al enterarse de la Revolución, Petöfi se apresura a ir a Budapest, se pone al frente del movimiento nacional y, ante la multitud reunida, entona su canto heroico: *¡La patria los llama, oh húngaros! ¡De pie! ¡Es ahora o nunca! Ser esclavos o libres, esa es la cuestión: ¡elijan! — ¡En el nombre del Dios de los húngaros, juramos que ya no seremos esclavos!* Al año siguiente, muere en combate. Para recopilar los himnos populares que los poetas italianos componían por aquella época, se necesitarían volúmenes enteros. Ardientes, exasperados, despreocupados por los refinamientos de la forma y pensando sólo en la acción, improvisaban versos que corrían de boca en boca, se recitaban, se cantaban en las calles, en los teatros, hasta en las iglesias: y también en los campos de batalla. *¡Únanse, hermanos italianos! Ya ha pasado el tiempo de las humillaciones: ¡muéstrenles a los extranjeros, esos bárbaros, que Italia no es la tierra de los muertos y no se la puede insultar u oprimir impunemente! ¡A las armas! Mientras un rincón de su*

suelo siga esclavizado, mientras Italia no sea una sola, desde los Alpes hasta el mar, no habrán terminado ustedes su tarea. Luchen, el triunfo está cerca: Italia recuperará su glorioso lugar entre las naciones... Esto es lo que todos decían: Alessandro Poerio, Goffredo Mameli —que ese mismo año, 1849, murieron por la unidad de su patria—, Giuseppe Giusti, y sus sucesores, Aleardo Aleardi, Giovanni Prati; y tantos otros: tantos poetas y tantos héroes como fueron necesarios para que al fin resonara, en el Capitolio conquistado, el himno triunfal de Roma.

Miguel, ¿por qué lloras, por qué lloras tanto? —Porque pesan sobre mí mil ataduras y estoy dividido en treinta y seis Estados. —Por eso lloro, por eso lloro tanto. Las cosas no podían seguir así, y Miguel acabaría librándose de su mordaza. *—¡Qué vida! ¡Qué luchas —por la verdad y por el derecho— en las mesas de la cervecería! No, nuestras costumbres actuales no son realmente malas —en las mesas de la cervecería.* Era otra cosa más que no podía seguir así; esa elocuencia vana, esas diatribas alrededor de las jarras de cerveza, esos discursos que se acallaban con sólo levantarse de las mesas de la cervecería, eran ridículos: si los germanos querían realmente merecer su libertad con su unidad, era importante actuar. En cuanto a arrastrar su tedio, contarle a todo el mundo sus penas de amor, gemir por sus amores desdichados, llorar en los bosques o a orillas de los lagos, maldecir la vida, aspirar a la nada —solo unos retrasados podían llenar sus versos con esos sentimientos débiles y cobardes. Los poetas animados por el nuevo espíritu debían cantarle a Alemania, como había hecho Hoffmann von Fallersleben ya en 1841:

> *Deutschland, Deutschland über alles,*
>
> *Über alles in der Welt...*

Georg Herwegh, amigo del pueblo y enemigo de los reyes, le reprochaba a Freiligrath que empleara su talento en imitar a Byron, un romántico pasado de moda, y a Victor Hugo y su

orientalismo de pacotilla. Y Freiligrath, una vez convertido, se volvió a su vez el poeta del liberalismo y la revolución. ¡Adiós, Hamlet! *Ha permanecido demasiado tiempo sentado —demasiado tiempo acostado, y ha leído demasiado en la cama. —La sangre se le ha coagulado — y ahora le falta el aliento y está demasiado gordo. —Ha urdido demasiadas tramas eruditas. —Su acción más hermosa consiste precisamente en pensar. —Se ha desgastado en Wittenberg —en los bancos de las aulas y en las tabernas...* A ese Hamlet jadeante le faltaba coraje; se entregaba a innumerables monólogos, versificaba su ira, fingía locura: adiós, Hamlet.

No siempre estaban de acuerdo en los medios; unos eran partidarios de la monarquía y otros de la república, pero todos defendían la patria. Salían de sus aulas de estudio, de sus bibliotecas, de sus universidades; abandonaban sus hogares y se lanzaban al combate. Los encarcelaban, los desterraban; lejos de callar, reanudaban su canto, haciéndolo más áspero y más fuerte. Si llegaban a viejos pese a tantas adversidades, los recompensaba la alegría más hermosa, la de ver cómo sus ideas se imponían a la vida. Los desterrados regresaban, los perseguidos se convertían en vencedores: eso dio Sadowa, la Prusia triunfante, la confederación de Alemania del Norte; eso dio Versalles y el Imperio Germánico. Eso dio el reino constitucional de Cerdeña, firme esperanza; los Estados dispares que, uno tras otro, se unían a él; y la unidad italiana.

Mientras tanto, Baudelaire, pálido jardinero confinado en la humedad de sus invernaderos, cultivaba sus flores extrañas. No creía que la poesía consistiera en gritar, en vociferar, en adornar con rimas aproximadas versos compuestos de a docenas, y tan burdos que más tarde, ya pasado el momento de la exaltación, todos se asombrarían de que se los hubiera podido tomar por versos. Detestaba al pueblo, esa zoocracia; negaba el progreso, ese engaño, esa mentira para imbéciles: el verdadero progreso, el único progreso, hubiera sido abolir en nosotros el sentido del

pecado, lo que era imposible para los hijos de los hombres. Imaginar que los haría más felices cambiar de escarapela, blanca, roja o tricolor, era un puro absurdo; un error sobre la naturaleza de su ser y sobre su destino. Es cierto que se había subido a las barricadas en 1848 y que había publicado un periódico democrático para decirle a la multitud que no había nada más hermoso que la república y la libertad. Pero su aberración no duró mucho más que el propio periódico, que dejó de aparecer después de su segundo número. Ahora, sin preocuparse por los problemas secundarios que derivaban del único problema esencial, era este último el que consideraba, si no para resolverlo, al menos para aclarar sus términos. Quería identificar, analizar, volver visible para todos el mal que existe en nuestra conciencia, en nuestra naturaleza, en las profundidades recónditas de nuestra alma, indisolublemente mezclado con el bien. ¡Y si, por lo menos, odiáramos firmemente esa perversidad primigenia! Pero la amamos; nos deleitamos con ella; odiamos y adoramos al mismo tiempo el artificio, la fealdad, el crimen mismo. La razón no puede explicar esta condición espantosa, esta duplicidad del hombre, que parece aumentar a medida que la vida moderna nos exaspera más los nervios, nos hace arder más la sangre; y así como nosotros distraemos a los niños del dolor que sienten mostrándoles juguetes, esta condición desvía nuestra atención con espejismos: la política, el progreso, la felicidad social — juguetes de niños. Pero, por su parte, Baudelaire no quería separarse del único tema importante; y, dejándoles a los demás lo que consideraba meras actividades superficiales, pidiéndole a la poesía las revelaciones, las iluminaciones que las facultades intelectuales son incapaces de darnos, descendía a los abismos interiores en los que nadie, ni siquiera Dante, lo había precedido.

Los poetas felices

Fuerza, prestigio; la gran flota, y esos buques mercantes que surcan todos los mares; la Banca; la Constitución; un poder industrial y comercial sólidamente establecido; riqueza, lujo apacible, orden, dignidad, moralidad, decencia, religión; la certeza de que el justo cielo sabe discernir los méritos de una nación y recompensar sus virtudes; una satisfacción de sí misma que se mantiene discreta pero inquebrantable: tal es la Inglaterra de la sapientísima y gloriosísima reina Victoria.

Para los escritores ya no se trataba de ser desenfrenados, incrédulos, anárquicos: se habían entregado a la razón. El gran poeta era Tennyson: ¿hubo alguna vez una vida más feliz? Evoquémoslo en su entorno de la isla de Wight: al fondo, un castillo que domina el mar; bosques; un gran parque, caballos, galgos; en primer plano, el poeta que se pasea por la orilla, pidiéndoles a las tranquilas olas que le revelen el secreto de sus armonías. En él, todo es nobleza y serenidad. Domina la naturaleza, que no es ni la fuerza inmensa que escapa a nuestro control y es siempre indiferente a nuestras desdichas, ni el ser universal en el que el individuo quiere disolverse. El amor, que a veces hace sufrir, no tiene sin embargo derecho a convertirse en la pasión salvaje que se rebela contra las leyes de la sociedad. Enoch Arden, al volver a su casa tras una ausencia tan larga que se lo creyó muerto, y al encontrar a su esposa Annie casada con su antiguo rival, comprenderá lo que es mejor hacer: aceptar, callar, desaparecer; sólo después de su muerte Annie sabrá que él siempre la amó. Así, todos los temas líricos se tratan con belleza y grandeza. La historia, si se la entiende bien, es el símbolo de la lucha entre el vicio y la virtud, y la virtud siempre acaba imponiéndose. La muerte no tiene nada de horrendo: el justo se duerme en paz en los brazos del Señor.

Tennyson era hermoso y gravo, era digno y piadoso. Pero lo más admirable en su caso es que estaba perfectamente de acuerdo, idealmente de acuerdo, con su época, su ambiente, su país: su

noble país, tan hermoso, tan grande y, sin comparación posible, el primero de todos. Su celebridad no proviene de ninguna novedad audaz, sino más bien de la excelencia de su conformismo, adornado con la dulzura virgiliana de sus versos. Si les canta a los héroes de su patria, Nelson, Wellington, no es porque se lo hayan ordenado, sino porque responde al impulso espontáneo de su alma; se diría que nació poeta laureado. Profesa por la reina una admiración matizada de respeto y ternura; él le escribe, ella le contesta: ella es la nación, él es el ornamento de la nación. Se lo colma de honores oficiales; cuando muere, "la reina llora con profundo dolor a su noble poeta laureado"; el pueblo acude en masa a su funeral y desfila ante su tumba, en Westminster. Ningún poeta, escribió Wyzeva, podría esperar una suerte semejante, jamás.

Elizabeth Barrett, su contemporánea, no tuvo una suerte semejante; pero no sé si no obtuvo de los dioses un favor más valioso. Todo cuanto imaginan los adolescentes, que creen que la vida de los poetas es muy novelesca y muy hermosa, el sueño de un día de primavera, se ve en este caso superado. Yacía en su *chaise longue*, en su cama; tan enfermiza y tan frágil que no podía salir, se escondía del viento, del aire, del sol; ya ni siquiera veía la luz del día. No era que se abandonase del todo; tenía la mente lúcida y el alma ardiente; escribía versos. Pero todos los días creía que iba a morir. Entonces, un poeta, Robert Browning, al regresar de un viaje y hojear los libros que lo esperaban en su casa, encuentra su nombre en una recopilación que le ha enviado Elizabeth Barrett. Él le escribe para darle las gracias; ella le responde; él la visita; se enamoran. Se casan en secreto; y luego, Robert Browning rapta a Elizabeth Barrett.

Todo el mundo conoce esta novela, que incluso se ha popularizado gracias al cine: la tiranía de un padre demasiado obstinado; la primera salida de la joven y su embeleso al volver a ver los árboles y el cielo; la boda furtiva; la partida rumbo a Italia.

Pero piensen en este otro milagro: la vida le perdonó a Elizabeth esa provocación; esa felicidad no quedó destruida apenas probado; ni la enfermedad, ni la maternidad, ni la convivencia cotidiana, ni los celos del oficio, ni las rivalidades de la vanidad, ni la gloria lograron disminuir ese gran amor. Sentimos un temor retrospectivo al leer las admirables exaltaciones que ella dio en 1847 bajo el título de *Sonetos portugueses*: ¿es posible que semejante bienaventuranza sea duradera? Es imprudente la mujer que osa despertar así los poderes celosos que les prohíben a los mortales ser felices. Ella nos cuenta la sorpresa que sintió cuando un ser misterioso apareció en su vida como un conquistador: creía que era la muerte, y era el amor. Nos habla de su dicha, su gratitud: su corazón, cargado de pena, se alivió; estaba yacente, se levantó: ¿cómo podría agradecerle a quien la transfiguró mediante la felicidad? Débiles serían sus ofrendas —sus versos, su vida, su alma— si no pudiera poner en sus manos la llama que él mismo encendió. Ahora están unidos, él y ella; ni el océano ni las montañas lograrían separarlos: "nuestras manos sabrían como encontrarse en el infinito"...

Pero ella pudo elevarse hasta lo sublime sin que nada obstaculizara su vuelo; sus días no conocieron nubes y sus años no conocieron invierno; conservó el privilegio de un amor que nada pudo alterar y que siguió siendo lo que había sido el primer día, igual de confiado, de intenso y de puro.

En cuanto a él, si alguna vez ese gran aficionado a las almas se sorprendía al discernir en Elizabeth un corazón tan profundamente abnegado y un espíritu tan libre y tan diferente del suyo; si se irritaba al verla preguntarles a las sombras lo que los vivos no pueden saber; si sentía que su propio carácter era más brusco y menos tierno; si pensaba a veces en la muerte, que no llama al mismo tiempo a los que se aman, pronto se tranquilizaba; porque era dueño de una convicción capaz de calmar todas las inquietudes y aplacar todas las penas. No dudaba

ni por un instante que la vida que llevamos en esta tierra es tan sólo un ensayo; las almas acceden a una vida superior que completa su sueño. Todo aquello que, por imposible que fuera, le faltara para que su felicidad fuese perfecta, lo obtendría en ese segundo nacimiento. Y por tal razón ya no temía nada, ni siquiera a la muerte. "Siempre he sido un luchador. ¡Una lucha más, la mejor y la última! Odiaría una muerte que me vendara los ojos, que me tratara con miramientos, que me pidiese que me fuera de este mundo arrastrándome. No, yo quiero saborearla por entero, comportarme como mis pares, los héroes de antaño, soportar el golpe y, en un minuto, pagar las deudas atrasadas que mi vida feliz tiene en dolor, tinieblas y frío. Porque, de repente, lo peor se convierte en lo mejor para el valiente; el minuto negro ha terminado, y la furia de los elementos, las voces delirantes de los demonios van a debilitarse, derretirse, cambiar, convirtiéndose primero en paz sin sufrimiento, luego en luz, luego en tu seno, oh alma de mi alma. ¡Te abrazaré de nuevo! Que el resto quede en manos de Dios".

Baudelaire no conocía la felicidad; no conocía nada que no tuviera alguna mancha de turbación y de impureza. Entre su vida y la de esos señores de las letras no había ninguna medida en común, ningún punto de comparación. Era pobre y no siempre conseguía publicar sus escritos; el dinero que había tenido en otros tiempos lo había derrochado tan rápido que le parecía no haberlo tenido nunca. Estaba enfermo, venido a menos. El amor sólo era para él una búsqueda ansiosa, siempre equivocada; su compañera habitual era Jeanne Duval, la mulata que había conocido por casualidad, la mujer perdida. Un poeta maldito: era un poeta maldito, nada más. Los castillos y los parques, los palacios a orillas del Arno, las cabalgatas por entre las suaves colinas toscanas, los honores, la gloria: ¡qué ironía! Sus nervios exasperados lo convertían todo en sufrimiento, hasta la alegría de escribir. Desconocía las efusiones del corazón, los arrebatos, y

esos momentos magníficos en los que el poeta sólo tiene que dejar que su demonio interior guíe su pluma. Por el contrario, se esforzaba, corregía, retocaba, para conseguir darles a sus versos la calidad única que Théophile Gautier reconocía en ellos: penetrantes como las nieblas de Inglaterra y sólidos como el mármol. La facilidad verbosa de *Aurora Leigh*, que apareció el mismo año que *Las flores del mal*, en 1857; la oscuridad en que se complacía Robert Browning, semidiós fulgurante entre las nubes, le habrían parecido crímenes contra el arte y contra el espíritu. Su pueblo, amigo de la sensatez y la razón, no lo entendía; los tribunales franceses lo habían condenado. Cuando se fue a Bélgica para ganar algo con que vivir, no hizo sino sentir más cruelmente su miseria; y ya no estaba entre los vivos. ¿Cómo hubiera podido refugiarse, al fin y al cabo, en la fe? ¿Era cristiano? Para serlo, no basta con el sentimiento del pecado —pesada carga —; no basta con las aspiraciones, las nostalgias, el deseo de lo infinito. También es preciso adoptar una regla de vida, una moral; abandonar el mundo de la carne. También es preciso, para encontrar el puerto tranquilo donde ya no llegan los vientos malignos, desearlo, en primer lugar, y luego merecerlo.

Grandes dolores en pequeñas canciones...

Tenía un vecino al que conocía; incluso había utilizado algunas veces sus versos.

Éste comprendía mejor el profundo problema de nuestra vida, ya que él mismo representaba al *homo duplex*, la criatura contradictoria que se disputan poderes enemigos. Heinrich Heine era romántico, y dejaba que se abriese la pequeña flor azul de su corazón; y antirromántico, por lo que detestaba lo impreciso y lo incierto, las grandes peroratas y la elocuencia, los aires trágicos, las poses de actor: no era él quien hubiera consentido en interpretar, secretamente alborozado, el papel del gladiador

moribundo. Era sentimental, hasta el punto de enamorarse de su prima y luego de su otra prima, como los colegiales: primas ricas, que se habían reído mucho de ese pretendiente. Al mismo tiempo, era tan perspicaz y tan agudo, leía con tanta claridad en las almas, que destruía todas las ilusiones, incluso las suyas propias; no había terminado de amar cuando ya veía que su amada no tenía corazón: *sobre los hermosos ojos de mi amada, compuse las más bellas canciones; sobre la boca encantadora de mi amada, hice exquisitos tercetos; sobre las delicadas mejillas de mi amada, cincelé magníficas estrofas; y si mi amada tuviera corazón, escribiría sobre ese corazón un bonito soneto.* Lograba la paradoja de ser a la vez tierno y volteriano. Los bosques de abetos, ese manto verde y oscuro de las colinas; el mar gris que sufre eternamente y se lamenta; el sol que cada tarde renueva la fiesta resplandeciente de su adiós, le eran caros: a menos que prefiriera el tumulto de las ciudades, los salones, los cafés y hasta el polvo del bulevar. Alemania lo había ignorado, maltratado, expulsado; Francia lo había acogido, y París se había convertido no sólo en su lugar de residencia sino en la patria de su espíritu. Por eso sentía por la primera una antipatía entremezclada de amor, y por la segunda, un afecto colmado de ironía.

Republicano, demócrata y revolucionario, confiaba en que alguna vez nacería —y estaba próximo— el día en que el sol de la libertad iluminase el mundo y expulsara del cielo la aristocracia de las estrellas. El final de la lucha gigantesca que enfrentaba a los que no poseían nada y a los que lo poseían todo no dejaba lugar a dudas: pronto sólo habría una patria, la tierra, y una única creencia, la felicidad en este mundo. No habría más fronteras ni tiranos; los hombres ya no depositarían su confianza en un más allá cuya vana espera los privaba del único bien que estaba a su alcance: serían felices de inmediato, hoy mismo. Sólo que no estaba del todo seguro de no ser él mismo un aristócrata; de no sentir cierta indulgencia por los príncipes, que honran a los

poetas y les proporcionan una pensión; lo que no ignoraba era que los compañeros proletarios bebían, fumaban, olían mal, eran sucios; y no podía evitar decir que si el pueblo le estrechaba la mano, él se la iría a lavar.

Por desgracia no era un Régulo, y se sentía poco inclinado a que lo meciesen en un tonel lleno de puntas de hierro; no era un Bruto, y se estremecía ante la idea de hundir un puñal en su pobre vientre. Pero lo peor de su condición era quizás esto: pensaba que la humanidad se dividía en dos razas: los helenos, a los que hubiera querido pertenecer, y los nazarenos, a los que pertenecía.

Aunque esas complejidades, esos contrastes, esas luchas y también esa enfermedad, que durante años lo convirtió en un paralítico quejumbroso, pudieron haberle dado a Baudelaire puntos de contacto y semejanzas reconocidas, este no encontró en Heinrich Heine un alma fraterna. El tal Heinrich Heine, en cuanto tomaba la pluma, se hubiera dicho que se esforzaba por no ser profundo; era su estilo, sólo quería quedarse en la superficie. En el momento en que uno creía que iba a expresar su dolor esencial, abandonaba la partida, apartaba la cabeza y se ponía a sonreír. *Una lágrima sobre un campo de risas, ese es el escudo de armas de mi humor.* Se burlaba de todo; ironizaba sin cesar. Y, ciertamente, eran hermosos sus versos, con sus confesiones contenidas, sus tristezas reprimidas, su acento tan tierno, tan burlón y tan triste. Pero, aún reconociéndoles una originalidad poco común, incluso una cualidad única, también hay que admitir que los de Baudelaire poseen fuerza superior. El estilo de Baudelaire no posee ni esa humildad, ni ese rechazo a adentrarse en las profundidades del alma, ni ese acompañamiento en sordina, contradictorio y burlón, ni ese escepticismo, ni ese humor y sus caprichos, ni esa forma de "poner grandes dolores en pequeñas canciones", ni esa vena popular del lied, ni esa música en tono menor. La voz de Baudelaire es tan extrañamente

patética que parece añadirle a la palabra humana vibraciones procedentes del más allá.

El deseo de lo desconocido, la ardiente necesidad de oír lo que nuestros oídos nunca han captado, de ver lo que nuestros ojos nunca han adivinado y tocar lo impalpable: tal es el sentimiento por el que reconocemos la poesía moderna, su tormento, su locura, su grandeza. Heinrich Heine no está poseído por la sed que empuja a los poetas hacia los reinos prohibidos, hacia las regiones oscuras en que la conciencia apenas aparece; las penas de nuestros días y nuestras noches le bastan a su inspiración; no busca nuevas luces o nuevas tinieblas. Lo nuevo; encontrar lo nuevo; salir de nuestras prisiones, salir de nuestro ser, alcanzar por fin lo inaccesible: tal es, por el contrario, la pasión que exalta a Baudelaire. La verdadera semejanza hubiera exigido una misma disposición de las almas y, además, una partida común hacia lo desconocido. Pero para llegar a ser un vidente; para crear un mundo de fantasmagorías y espejismos; para encontrar las palabras mágicas que iluminan, mostrando de repente, más allá de las apariencias, las realidades sustanciales; para revivir las vidas anteriores, proyectarse a las vidas futuras, dejarse mecer por la armonía de las correspondencias universales que los iniciados llegan a percibir; para exasperar los sentidos hasta la locura reveladora; para intentar finalmente las operaciones sobrehumanas que él creía reservadas a los poetas, Baudelaire estaba solo.

Baudelaire y Edgar Allan Poe

A su semejante, a su hermano, no debemos buscarlo en Europa, sino en el Nuevo Mundo. Porque allá, en América, hubo un hombre que fue su prefiguración. Un rebelde, un maldito, tan diferente de los de su raza y su entorno, que fue objeto de escándalo en todas las épocas de su vida, y hasta en las

circunstancias de su muerte. Un habitante de los paraísos artificiales; un huésped de *Dreamland*, de Tule, donde hay montañas vertiginosas que caen a pico en mares sin playas, donde hay almas doloridas que vagan alrededor de los lagos de aguas negras, donde los árboles de los bosques tienen apariencia de titanes, donde los ojos de las mujeres amadas que la muerte se ha llevado brillan eternamente. Un espíritu analítico, una razón lúcida, para los que son un juego de niños los problemas y los enigmas; un soñador, un obseso, un alucinado. Y un genio. No era tan sólo el teórico de la poesía; y no era tan sólo el artesano prodigiosamente hábil que conoce todos los recursos de su arte, que utiliza todos sus procedimientos, desde los más simples hasta los más sutiles: sino el que comprende su esencia. La poesía no es, decía, una simple repetición, una imitación más o menos burda de las bellezas formales que se nos presentan ante los ojos. Es una lucha por aprehender las bellezas supraterrenales que intuimos a intervalos; es un impulso hacia lo infinito, hacia lo eterno. Y si, cuando oímos recitar versos hermosos, llegamos a veces a estremecernos y hasta a llorar, no es por la emoción que nos produce algo muy bien logrado, sino que son, mas bien, lágrimas de dolor; sufrimos por sentirnos tan cerca de las armonías celestiales y por ser incapaces de retenerlas en su plenitud. *We struggle by multiform combinations among the things and thoughts of time, to attain a portion of that Loveliness whose very elements perhaps appertain to eternity alone...* "Empleando múltiples combinaciones, nos esforzamos, en medio de las cosas y los pensamientos que pertenecen al orden del tiempo, por alcanzar una parte de esa Belleza cuyos elementos verdaderos sólo pertenecen, tal vez, a la eternidad...".

¡Cómo podríamos soñar, si pudiéramos librarnos de la consideración del espacio y el tiempo, soñar con el encuentro ideal entre Edgar Allan Poe y Baudelaire! —Nunca se conocieron; nunca se vieron. Poe nunca supo que tenía, tan lejos, allá, en

Francia, un admirador fanático. Baudelaire sintió como el choque de una revelación; se dio cuenta, horrorizado y encantado, de que había imaginado temas que Poe había imaginado veinticinco años antes, de que había escrito frases que Poe había escrito veinticinco años antes: y por lo tanto era, en cierto sentido, el doble de Edgar Allan Poe. Así que se convirtió en el heraldo de su gloria. Le hacía el elogio de sus obras a todo el mundo; escribía a los críticos para pedirles que lo ayudaran a dar a conocer al público francés las obras de aquel genio; se ponía nuevamente a estudiar el inglés para traducirlo; escribía su biografía apasionada. Estaba de acuerdo con él en su rechazo al progreso, "esa gran herejía de la decrepitud"; en su rechazo a la invasión del materialismo, ya que toda certeza se encuentra en los sueños; en el valor de la imaginación, "facultad casi divina que es la primera en percibir, por fuera de los métodos filosóficos, las relaciones íntimas y secretas de las cosas, las correspondencias y las analogías". Nada le parecía más justo y más bello que sus definiciones de la poesía, "un rapto del alma", "un acento de inmortalidad".

Pero cuando comenzó a leerlo, hacia 1846, Poe estaba tan lejos que lo veía como una figura irreal; y cuando comenzó a penetrar en la intimidad de su obra, Poe había muerto.

Publicado en la *Revue Des Deux Mondes* del 15 de febrero de 1937.

CRONOLOGÍA

1759. *7 de junio*: Nace Joseph-François Baudelaire, futuro padre de Charles Baudelaire.
1784. Joseph-François Baudelaire es ordenado sacerdote.
1789. Nace Jacques Aupick, futuro padrastro de Charles Baudelaire.
1793. *27 de septiembre*: Nace en Londres Caroline Archenbaut-Defayis, futura madre de Charles Baudelaire. *19 de noviembre*: Joseph-François Baudelaire, haciendo uso de la ley de secularización del gobierno revolucionario, renuncia oficialmente al ministerio sacerdotal.
1797. *9 de mayo*: Joseph-François Baudelaire se casa con Jeanne-Justine-Rosalie Janin.
1800. *Noviembre*: Caroline Archenbaut-Defayis regresa a París en compañía de su madre. *23 de noviembre*: Muere esta última, y la huérfana es recogida por el abogado Pierre Pérignon y su esposa, quienes la criarán junto con sus hijos.
1805. Nacimiento de Claude-Alphonse Baudelaire, medio hermano de Charles Baudelaire.
1814. *22 de diciembre*: Muere Jeanne-Justine-Rosalie Janin.
1819. *9 de septiembre*: Casamiento en París de François-Joseph Baudelaire y Caroline Archenbaut-Defayis.
1821. *9 de abril*: Charles-Pierre Baudelaire nace en París, en el n° 13 de la Rue Hautefeuille. *7 de junio*: Es bautizado en la iglesia de San Sulpicio.
1827. *10 de febrero*: Muerte de François-Joseph Baudelaire.
1828. *8 de noviembre*: Caroline Archenbaut-Defayis contrae segundas nupcias con el comandante Jacques Aupick.
1832. *Octubre*: Baudelaire entra como alumno interno al Colegio Real de Lyón, ciudad a la que ha sido destinado el comandante Aupick en diciembre del año anterior.
1836. *Enero*: Jacques Aupick, ascendido a coronel en 1834, es enviado a París. *1 de marzo*: Baudelaire entra como alumno al Colegio Louis-le-Grand de París.
1837. Baudelaire obtiene el segundo premio de versificación latina.
1838. *Julio*: Durante una visita al palacio de Versalles, Baudelaire queda impresionado con un cuadro de Eugène Delacroix: *La batalla de Taillebourg*. *Agosto*: Pasa el mes en compañía de su madre y su padrastro en Barèges, un pueblito de los Pirineos
1839. *18 de abril*: Es expulsado del Colegio Louis-le-Grand, presuntamente por negarse a denunciar a un compañero de clase. *12 de agosto*: Obtiene su diploma de bachiller, el mismo día que Jacques Aupick es nombrado general de brigada. *2 de noviembre*: Se inscribe como alumno en la Escuela de Derecho.
1840. *Febrero*: Con Gustave Levavasseur, Ernest Prarond y Édouard Ourliac, crea

un grupo literario llamado Escuela Normanda. Conoce a Sarah, una prostituta del Barrio Latino.

1841. *Mayo*: Jacques Aupick le escribe al medio hermano de Baudelaire para comunicarle el proyecto de hacerle hacer a este último un largo viaje por mar a la India: "Con la esperanza de que, al enviarlo al extranjero, lo arranquemos de sus detestables relaciones", y que, si quizás regresa hecho poeta, al menos "sea un poeta que saque su inspiración de una fuente superior a la de las alcantarillas de París". *9 de junio*: Baudelaire se embarca en Burdeos en el transatlántico *Paquebot-des-Mers-du-Sud*, con destino a Calcuta, a donde nunca llegará. *1 de septiembre*: Debido a una violenta tempestad, el barco se ve obligado a detenerse unos días en la Isla Mauricio. Baudelaire se hospeda en casa del señor y la señora Autard de Bragard. *19 de septiembre*: Llega a la isla Borbón (hoy Saint-Denis-de-la-Réunion), del archipiélago de la Reunión. Desde allí, el 20 de octubre, le enviará a Monsieur Autard la carta que contiene el hoy célebre soneto "À une dame créole". *14 de octubre*: El general Aupick recibe una carta del capitán Saliz, que le comunica la voluntad de su hijastro de interrumpir el viaje.

1842. *15 de febrero*: Baudelaire desembarca en Burdeos. *Entre marzo y mayo*: Conoce a Jeanne Duval, quizás en el Théâtre de la Porte Saint-Antoine. *Abril*: Alcanza la mayoría de edad y entra en posesión de la herencia paterna, que se eleva a unos 100.000 francos de la época. Se lanza a una vida de dispendiosa bohemia.

1843. *Octubre*: Se instala en un piso del Hôtel Pimodan, en el n° 17 del Quai d'Anjou de la Isla San Luis. Allí se reúne el "Club de los fumadores de opio", del que Baudelaire forma parte. En el mismo edificio vive un anticuario, un tal Arondel, con el que Baudelaire contrae deudas enormes. Entabla amistad con Félix Tournachon, quien se hará célebre como fotógrafo con su seudónimo de Nadar, y que nos dejará algunos de los mejores retratos de Baudelaire. Este año se manifiestan los primeros síntomas de la sífilis contraída pocos años antes.

1844. *Julio*: Su madre y su padrastro, a fin de salvar lo que queda de la herencia de Baudelaire (de la que ya ha despilfarrado gran parte), recurren a la justicia para someterlo a la tutela de un consejo de familia; a partir de noviembre, sólo recibirá una renta de 200 francos mensuales; el notario Narcisse-Désiré Ancelle administrará sus bienes. A pesar del constante deseo de Baudelaire de modificar esta situación, la misma se prolongará hasta su muerte.

1845. Para aumentar sus ingresos comienza a escribir artículos de crítica de arte, género en el que llegará a ser uno de los maestros del siglo XIX. *Mayo*: Publica su *Salon de 1845*, volumen que reúne los artículos dedicados a las obras expuestas en el Salón Cuadrado del Louvre, exposición anual organizada por la Academia de Bellas Artes. *Junio*: Supuesta tentativa de suicidio.

1846. *Febrero*: Publica, en *L'Esprit public*, *Le Jeune enchanteur*, una traducción del inglés de un relato del Reverendo Croly que presenta como una obra propia. *Mayo*: Publica su *Salon de 1846*. *Junio*: Adhiere a la *Société des Gens de Lettres*, creada por Balzac, Víctor Hugo, Alexandre Dumas y George Sand en 1838 para promover la defensa de los derechos de autor.

1847. Descubre con fascinación la obra de Edgar Allan Poe. *Enero*: Publica en el boletín de la *Société des Gens des Lettres* el que será su único relato: *La*

Fanfarlo.

1848. Durante la revolución de febrero, se lo ve en la calle empuñando un fusil y pidiendo el fusilamiento del general Aupick. *Abril*: El general Aupick es nombrado ministro plenipotenciario en Constantinopla. *15 de julio*: Aparece en *La liberté de penser* la primera traducción de Baudelaire de un cuento de Poe: "Révélation magnétique".

1849. *7 de octubre*: Edgar Allan Poe muere en Baltimore.

1851. *Junio*: El general Aupick es nombrado embajador en Madrid.

1852. *Marzo-abril*: Publica en la *Revue de Paris* su estudio *Edgar Allan Poe, sa vie et ses ouvrages*. A fines de este año comienzan sus amores platónicos con Apollonie Sabatier, la célebre Madame Sabatier, que preside un salón literario en su casa de la Rue Frochot. Baudelaire le escribirá a menudo y le enviará numerosos poemas de manera anónima.

1853. *Marzo*: Publica en *L'Artiste* su traducción de "El cuervo", de Edgar Allan Poe. El general Aupick es nombrado senador.

1854. *25 de julio*: Comienza a publicar en *Le Pays* las *Histoires extraordinaires*, traducciones de cuentos de Poe ya iniciadas el año anterior; la publicación se extenderá hasta el 20 de abril del año siguiente.

1855. *Mayo*: Publica en *Le Pays* un artículo sobre la Exposición Universal de París. *1 de junio*: Publica, en la *Revue des Deux Mondes*, *Les Fleurs du Mal*, recopilación compuesta en ese momento por sólo dieciocho poemas.

1856. *Marzo*: Primera publicación en volumen de las *Histoires extraordinaires*. *Septiembre*: Ruptura con Jeanne Duval y amores con Marie Daubrun. *Diciembre*: Firma contrato con Auguste Poulet-Malassis para la publicación de *Les Fleurs du Mal*.

1857. *Febrero*: Le entrega a Poulet-Malassis el manuscrito de *Les Fleurs du Mal*. *Marzo*: Publica las *Nouvelles histoires extraordinaires*, nuevas traducciones de cuentos de Poe. *27 de abril*: Muerte del general Aupick. La madre de Baudelaire se instala en Honfleur. *25 de junio*: Poulet-Malassis publica *Les Fleurs du Mal*, volumen que contiene todos los poemas escritos por Baudelaire desde 1840. *5 de julio*: un artículo de Gustave Bourdin denuncia, en el diario *Le Figaro*, la inmoralidad del libro. *7 de julio*: Se inician los procedimientos que desembocarán en juicio. *20 de agosto*: La justicia lo condena a pagar 300 francos de multa y a retirar del libro seis poemas por causa de inmoralidad. *30 de agosto*: Baudelaire y Apolline Sabatier son amantes por una única noche.

1858. *Mayo*: Nueva traducción de Poe: *Les aventures d'Arthur Gordon Pym*. *Noviembre*: Vuelve a vivir con Jeanne Duval.

1859. *Enero*: Va a vivir con su madre en Honfleur por un par de meses. *Abril*: Jeanne Duval, que ha quedado paralítica, es internada en un sanatorio. *Junio-julio:* Publica en la *Revue française* su *Salon de 1859*.

1860. *Enero*: Firma contrato con Poulet-Malassis para reeditar *Les Fleurs du Mal* y publicar *Les Paradis artificiels* y otras dos obras. *13 de enero*: Sufre un primer ataque cerebral. *Febrero*: Le escribe con gran admiración una carta a Richard Wagner. *Mayo*: Publica *Les Paradis artificiels*.

1861. *Febrero*: Segunda edición de *Les Fleurs du Mal*, con treinta y cinco poemas nuevos. *Abril*: Publica, en *La Revue européenne*, su estudio *Richard Wagner*. En carta a su madre, del 1 de abril, menciona por primera vez su proyecto de escribir un libro con el título de *Mon cœur mis à nu*. *Diciembre*: Se postula para ocupar un sillón en la Academia Francesa y entabla amistad con el

poeta Alfred de Vigny.

1862. *23 de enero*: Nuevo ataque cerebral: "He sufrido una advertencia singular", anota en el manuscrito de *Hygiène*, "he sentido pasar sobre mí el viento del ala de la imbecilidad". *Febrero*: Siguiendo los consejos de Sainte-Beuve, retira su postulación a la Academia Francesa. *Septiembre*: Poulet-Malassis quiebra. *Noviembre*: Poulet-Malassis es arrestado por deudas.

1863. *13 de agosto*: Muerte de Eugène Delacroix. *Septiembre-noviembre*: Baudelaire publica en *L'Opinion nationale*, en tres partes, un artículo necrológico sobre su admirado pintor. *Septiembre*: Poulet-Malassis se exilia en Bruselas. *Noviembre-diciembre*: Publica en tres partes, en *Le Figaro*, su ensayo sobre el pintor Constantin Guys, *Le peintre de la vie moderne*.

1864. *Abril*: Enfermo y asfixiado por las deudas, deja París y se instala en Bruselas, donde planea dar un ciclo de conferencias y contactar editores a quienes vender sus obras. El éxito de las conferencias es escaso; los editores lo eluden. Viendo frustradas sus esperanzas, escribe, amargamente decepcionado, su libelo *Pauvre Belgique! Diciembre*: Publica en *La Revue de Paris* seis poemas en prosa con el título de *Le spleen de Paris.*

1865. *15 de febrero*: Sus frecuentes neuralgias desembocan en una primera crisis grave. *Marzo*: Michel Lévy publica las *Histoires grotesques et sérieuses*, con nuevas traducciones de cuentos de Poe.

1866. *Marzo*: Sufre una grave indisposición mientras visita la iglesia Saint-Loup de Namur. La crisis le deja secuelas, que marcan un inicio de afasia. Lo llevan con urgencia de vuelta a Bruselas. *20 de marzo*: Escribe su última carta, dirigida a su madre. *22-23 de marzo*: Sufre una parálisis parcial. *30 de marzo*: Dicta su última carta conocida, dirigida a su madre, y queda hemipléjico de resultas de una nueva crisis. *31 de marzo*: En *Le parnasse contemporain* se publican las *Nouvelles Fleurs du Mal. Abril*: Es internado en un sanatorio. *2 de julio*: Emprende, en compañía de su madre, el viaje de regreso a París. *4 de julio*: Ingresa al sanatorio del doctor Duval, en la Rue du Dôme.

1867. *31 de agosto*: A las once de la mañana, después de recibir los últimos sacramentos, muere en brazos de su madre. *2 de septiembre*: Después de un servicio fúnebre en Saint-Honoré d'Eyleau, es enterrado en el cementerio de Montparnasse, en la bóveda familiar, junto al general Aupick.

1870. Nadar cuenta haber visto por última vez a Jeanne Duval en los grandes bulevares, caminando con muletas. Es lo último que se sabe de ella.

1871. *16 de agosto*: Caroline Archenbaut-Defayis muere en Honfleur. Es enterrada en París, en la misma bóveda en la que yacen los restos de su hijo y los del general Aupick.

NUESTRAS PUBLICACIONES

Biblioteca Franca es la colección de textos gratuitos de **Ediciones De La Mirándola**; todos los títulos que la integran pueden descargarse del sitio de Internet Archive. Algunos de ellos son los siguientes:

- VINO GENEROSO - Italo Svevo.
- EL BIBLIÓMANO - Charles Nodier.
- YO Y MI CHIMENEA - Herman Melville.
- HILARY MALTBY Y STEPHEN BRAXTON - Max Beerbohm.
- PENAS DE AMOR DE UNA GATA INGLESA - Honoré de Balzac.
- DISCURSOS DE LA VIUDA DE VEINTE Y CUATRO MARIDOS - Caballero de la Tranca (anónimo español).
- POEMAS - San Juan de la Cruz y Cyprien de la Nativité de la Vierge.
- EL GENERAL FRAY FÉLIX ALDAO - Domingo Faustino Sarmiento.
- RAINER MARIA RILKE - Susana Soca.
- SOBRE LA LECTURA E INTERPRETACIÓN DEL QUIJOTE - Miguel de Unamuno.
- DE LOS REMEDIOS DE CUALQUIERA FORTUNA - Francisco de Quevedo y Diego de Torres Villarroel.
- EL CASAMIENTO DE LAUCHA - Roberto J. Payró.
- LA GOTA DE SANGRE - Emilia Pardo Bazán.
- ODAS - Horacio. Traducción de Fray Luis de León.
- TULA VARONA - Ramón María del Valle Inclán.

- EL CABALLO PERDIDO - Felisberto Hernández.
- BUCÓLICAS O ÉGLOGAS - Virgilio. Traducción de Fray Luis de León.
- SOBRE EL PROCEDIMIENTO IDEOLÓGICO DE STÉPHANE MALLARMÉ - Alfonso Reyes.
- etc.

El catálogo general de **Ediciones De La Mirándola** puede consultarse en nuestra página web. Todos los títulos están disponibles en formato digital y, en algunos casos, también en papel; la sección Puntos de venta de nuestra página da las informaciones pertinentes para su adquisición.

Algunos títulos:

- POEMAS EN PROSA - Stéphane Mallarmé.
- LA VISTA - Raymond Roussel.
- EJERCICIOS Y EVIDENCIAS - Rainer Maria Rilke.
- QUERIDA MAMÁ. CARTAS A LA MADRE 1834-1859 - Charles Baudelaire.
- QUERIDA MADRE. CARTAS A MADAME AUPICK 1860-1866 - Charles Baudelaire.
- LA ACUSACIÓN Y LA DEFENSA - Gilbert Keith Chesterton.
- POEMAS Y DEDICATORIAS - Rainer Maria Rilke.
- NAPOLEÓN, RETRATO DE UN TIRANO - Germaine de Staël.
- ADIÓS - Honoré de Balzac.
- LA MUJER POBRE - Léon Bloy.
- LOS CENCI. CRÍMENES CÉLEBRES I - Alexandre Dumas.
- LA MARQUESA DE BRINVILLIERS. CRÍMENES CÉLEBRES II - Alexandre Dumas.
- KARL LUDWIG SAND. CRÍMENES CÉLEBRES III - Alexandre Dumas.
- DIÁLOGO DE LA SALUD. POESÍAS - Carlo Michelstaedter.

- NOTAS DESDE MI CABAÑA DE MONJE - Kamo No Chômei.
- TELARAÑAS DE UN CRÁNEO VACÍO - Ambrose Bierce.
- MEMORANDA - Diarios 1836-1864 - Jules Barbey d'Aurevilly.
- TIERNOS TRIBUTOS A FRANCIA. LAS CUARTETAS VALESANAS - Rainer Maria Rilke.
- LA BELLA Y LA BESTIA - Gabrielle de Villeneuve.
- EL CASO LEMOINE Y OTROS PASTICHES - Marcel Proust.
- LOS TRES AMORES DE BENIGNO REYES - John-Antoine Nau.
- LA MALDICIÓN DE LOS NORONSOFF - Jean Lorrain.
- LAS ROSAS. LAS VENTANAS - Rainer Maria Rilke.
- ÉDOUARD - Claire de Duras.
- TREINTA Y SIETE VERSIONES HOMÉRICAS - Leopoldo Lugones.
- CARTAS DE GUERRA - Jacques Vaché.
- LA MUERTE DIFÍCIL - René Crevel.
- HISTORIA DE DOS AMANTES - Enea Silvio Piccolomini (Papa Pío II).

También pueden mantenerse al corriente de nuestras novedades a través de nuestro blog Literatura y traducciones, facebook y twitter. Agradeceremos todo comentario que nos quieran hacer llegar.

COLOFÓN

La presente edición electrónica gratuita de EDICIONES DE LA MIRÁNDOLA ofrece el texto integral de *La soledad de Baudelaire*, de Paul Hazard.

Este libro se publica bajo una licencia Creative Commons: Atribución-Uso no comercial-Sin Derivados 3.0 Unported.

Edición en formato ePub hecha en febrero de 2026.